

WILLIAM ESPÍRITU DE ÁGUILA

William se despertó y abrió los ojos. Encendió la lamparilla de emergencia y miró la hora: la 1'30 de la mañana. Desde que descubrieron que tenía un caso insólito de fotosensibilidad extrema, había tenido que irse a vivir al hospital, y de eso hacía más de una semana. ¡UFFF! ¡Cómo pasa el tiempo!

Pero os diré cómo era Will: con tan sólo 12 años ya tocaba el piano y el violín. Era un experto en historia y literatura inglesa. En resumen, era un genio. Por lo demás, era alto, delgado, ojos azules, pelo rubio y sobre todo, extremadamente pálido. Era callado y respetuoso, de origen inglés.

Siempre había odiado el sol, y por eso pasaba la mayor parte del tiempo en casa; el médico se lo había recomendado, y temía por su salud. El director del hospital estaba en Japón en busca de una medicina que le pudiese curar, y se había ido, hacía ya, cuatro días.

¡Pum! La puerta de la habitación se abrió de golpe y el director entró, encendiendo las luces. Su portentosa silueta se perfiló en la

pared blanca. Era un hombre mayor, de bigote y pelo blancos. Sus ojos oscuros delataban inquietud, y su gabardina negra estaba empapada. En menos de un segundo, lo tuvo delante mirándole fijamente:

- Buenas noches. ¿ No deberías estar dormido?- gruñó el director.

- No puedo- contestó con firmeza.

- Mmmm..... entiendo- musitó.

- No le esperaba tan pronto- dijo Will.

- He venido porque he encontrado un posible remedio, pero antes debes escucharme;- tomó aliento y empezó:

- Me equivoqué de vuelo y aterricé en Kepulauan Natuna Besar, que es una isla del mar Malayo. Allí, Paranoa (que es el chamán de una tribu malaya), me habló de una medicina que ellos hacen y que se llama UJABICÚ. La llevan usando desde siempre, y les funciona. Sirve para curar lo tuyo. Es una planta que machacan y convierten en una crema; la untan en el cuerpo y te produce sueño. Lo malo es que en Europa está prohibido, porque lo consideran diabólico - objetó.

- Compraré a la policía- dijo Will totalmente desesperado.

- No. Tiene que haber una forma legal- se opuso el director.

Los dos se quedaron en silencio, pensando y pensando.

- ¡Ya lo tengo!-saltó el director- si en Europa está prohibida, iremos allí mismo.

- ¡Sí!- aprobó Will entusiasmado.

- Ahora- dijo el director levantándose- duérmete. Mañana nos espera un día muy agitado.

En cuanto Will se tumbó, un profundo sopor se apoderó de él y durmió feliz.

A las nueve de la mañana del día siguiente, Will ya estaba levantado, vestido, y había desayunado. En cuanto el director estuvo listo, se montaron en una furgoneta negra de cristales ahumados, con chófer. De camino al aeropuerto no hablaron nada y cuando llegaron se montaron en una avioneta privada, que tenía igual sistema de protección solar que la furgoneta.

En el vuelo vieron una película, pero aun así, no lograban distraerse. En siete horas estuvieron allí; la pista de aterrizaje estaba gastada, rayada y mal hecha. Will no se sorprendió de que allí fueran las once y media de la noche, pues sabía las diferencias horarias que existían entre ambos países. Montaron en un jeep y se

internaron en la selva malaya. A la media hora de recorrido, atisbaron a lo lejos una pequeña hondonada con setenta chozas dispuestas en círculo; en medio de ellas había un gran fuego y gente a su alrededor. Aparcaron el jeep al lado del poblado y se encaminaron hacia la choza más grande, ésta tenía una piel a modo de puerta; que apartaron al pasar. Dentro les esperaba un hombre de rasgos como los de los hombres primitivos y tatuajes en la cara de color azul.

- Paranoa -lo saludó el director.

El chamán le correspondió con una inclinación de cabeza, y clavó sus ojos en los de Will; por un momento el chico vió en ellos un destello de comprensión y sabiduría. Después, Paranoa los condujo hacia el fuego y ordenó a Will quitarse la camisa; él obedeció, y el chamán le untó en el pecho la crema, en forma de águila. Al momento cayó dormido y empezó a soñar:

Él era un águila gigantesca y volaba por el mundo, y vio lo malo y lo bueno. Se llenó de sabiduría. Cuando todo pasó, una voz le dijo que no contara lo que había visto, porque era la sabiduría de los dioses y de aquel pueblo.

Will despertó bruscamente y se dio cuenta de que con aquella sabiduría había madurado, su cara tenía los rasgos propios de la experiencia y lo tenía todo claro.

Les dio las gracias a los malayos y montó en el jeep. El sol trepaba hacía lo alto y Will lo miró sonriendo, ¡Una hora antes, lo había odiado tanto! En el camino de vuelta, el director le preguntó:

- Por cierto, ¿qué fue lo que soñaste?

- ¡Oh nada...! - dijo Will sonriendo- sólo un pájaro.

Gabriel Etxebarria Gallarreta 11 años.

Higuera de la Sierra (Huelva)